

La historia del tiempo presente y la modernidad mundo

Resumen

El artículo muestra las razones que llevaron a la disciplina de la historia en los siglos XIX y XX a interesarse en el estudio del pasado sobre todo en razón de las demandas que planteaba el tipo de modernidad entonces prevaleciente, la cual se articulaba en torno a la idea de nación. En nuestro presente histórico el mundo ha ingresado en una nueva constelación moderna, la modernidad-mundo, la cual tiene entre sus particularidades el hecho de redimensionar la condición presente. Esta radical transformación debe inducir a profundos cambios en el entendimiento de la historia como campo del conocimiento, sobre todo por la importancia que se le asigna al presente.

Palabras claves: *Historia, teoría de la historia, historia del tiempo presente, modernidad, modernidad mundo.*

The History of the Present and World Modernity

Abstract

This article discusses the reasons that led the discipline of history to take an interest in the study of the past in the nineteenth and twentieth centuries, especially due to the demands made by the then prevailing type of modernity, which was articulated around the idea of the nation. In our historic present, the world has entered a new modern constellation, world modernity, a particularity of which is an increased importance of our contemporary period. This radical transformation should give rise to profound changes in the understanding of history as a field of knowledge, and especially the importance it ascribes in the present.

Keywords: *History, theory of history, history of the present, modernity, world modernity.*

Artículo recibido el 24 de enero de 2007 y aprobado el 26 de marzo de 2007.

La historia del tiempo presente y la modernidad mundo[⊛]

Hugo Fazio Vengoa[▲]

Si se visita a un motor de búsqueda en Internet y se solicita que exhiba las entradas que se relacionan con la noción *historia del tiempo presente*, con seguridad llamará poderosamente la atención el hecho de encontrar millares de páginas, especializadas y no especializadas, referidas a este tópico. Si precisamos la indagación y limitamos la búsqueda sólo a libros, artículos, instituciones, redes de investigadores y programas académicos, constataremos que sigue siendo amplio el volumen de entradas que responden a este mismo criterio. Es un hecho que en la actualidad nociones tales como historia contemporánea, historia inmediata, historia actual, historia del presente o, como preferimos denominarla, historia del tiempo presente se han vuelto conceptos muy recurrentes.

Podríamos preguntarnos: ¿A qué se debe este interés *histórico* por el presente? y ¿Por qué se razona sobre el presente en términos de historia y no a partir de las otras disciplinas sociales más especializadas en el estudio de la contemporaneidad? y, por último, una doble pregunta que habitualmente vemos que se formula: ¿Qué es y cómo se entiende la historia del tiempo presente? No es fácil responder a estos interrogantes, pues, de entrada exigen emprender una reflexión sobre dos asuntos aparentemente inconexos, pero que en la práctica se encuentran fuertemente compenetrados. De una parte, significa volver una vez más sobre el sentido que se le ha asignado a la historia como disciplina, porque la inclusión de la contemporaneidad en su campo de experiencia trastoca los cimientos sobre los cuales se ha afirmado este tipo de saber. De la otra, cualquier intento de explicar la naturaleza del tiempo presente trasciende los marcos de este campo disciplinario, puesto que sugiere reflexionar sobre el conjunto de las grandes transformaciones que han sacudido al mundo actual a lo largo de las últimas décadas.

1. La historia pasada y la modernidad

Detengámonos en la disciplina de la historia y tratemos de precisar los cambios que trae consigo este interés por el presente. A la pregunta “¿qué es la historia?”, se constata que de modo inmediato y recurrente se vienen a la mente dos tipos de

⊛ Este trabajo es el resultado de un trabajo en la línea de investigación sobre la historia global.

▲ Profesor Titular del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia. hfazio@uniandes.edu.co

imágenes: las figuraciones de acontecimientos o situaciones ocurridas hace tiempo y la personificación de aquella disciplina que se dedica al estudio del pasado. Afirmar que la historia guarda relación con el pasado puede parecer una verdad de Perogrullo. Empero, la generalización de esta percepción no la convierte en una suposición acertada. Ante todo conviene recordar que no es del todo cierto que la historia siempre se haya referido al estudio del pasado. En épocas anteriores hubo importantes historiadores que consagraron sus estudios a sus respectivas contemporaneidades. Podríamos traer a la memoria la magistral *Historia de la Revolución Rusa* de Lev Trotsky, quien no fue un simple espectador, sino uno de los principales artífices de aquel acontecimiento; o las historias sobre la guerra mundial del antiguo primer ministro británico Winston Churchill; o la admirable *Historia del siglo XX* de Eric Hobsbawm, quien, en no pocos pasajes, narra una historia en primera persona.

No obstante la persistencia de un número importante de trabajos históricos abocados a temas del presente, este tipo de obras constituyó más la excepción que la regla, por cuanto durante buena parte de los siglos XIX y XX predominó la idea de que la historia tenía en el pasado su campo privilegiado o exclusivo de experiencia. Esta identificación con el pasado no fue un hecho fortuito, sino el producto de la convergencia de un conjunto de elementos particulares, que tornó específico el sentido asignado a la historia, alejándola en la condición presente.

Fue en medio de una coyuntura particular, cuyo inicio se remonta a la primera mitad del siglo XIX, cuando se desplegó la identificación de la historia con el pasado. En ello intervinieron cuatro tipos de circunstancias. Las primeras se relacionaban con el extraordinario desafío político e intelectual que suscitaba la tarea de creación de las identidades nacionales. Si bien hacia comienzos del siglo XIX ya se habían conformado ciertos ritos y se había logrado determinar un buen número de “ancestros”, es decir, se habían especificado los correspondientes precursores de los respectivos linajes nacionales, a la sazón se carecía de una narrativa general que enlazara esos elementos, acontecimientos y personajes del pasados con el reto que despertaba la construcción nacional en el presente. En sí, le había correspondido a la literatura y en particular, a la novela histórica (v. gr., Walter Scott), la elaboración de las primeras narrativas nacionales sobre el pasado, pero, a la fecha, todavía no se disponía de una historia general. Sobre todo en la Europa del norte, de donde provino el gran impulso para el diseño de la disciplina, los historiadores optaron por sumergirse en el pasado, incluido el más lejano, con el fin de confeccionar esta imprescindible relación, confirmar la vitalidad de un origen y de un caudal popular particulares y, de esa manera, exorcizar en parte la importancia de la filiación con el legado greco-romano, que era un origen válido, pero que no era “nacional”¹.

El segundo conjunto de circunstancias se relacionó con el importante progreso registrado por la filosofía durante la época de la Ilustración. Uno de los principales resultados derivados de este caudal de pensamiento fue dotar a la historia de un nuevo manto de

1 THIESE, Anne-Marie, *La création des identités nationales*, París, Seuil, 1999.

inteligibilidad. Como bien demostró Reinhart Koselleck, con anterioridad a la Ilustración el modelo de la historia era la *magistra vitae*, la cual se articulaba en torno a dos ideas fundamentales: la repetición de los acontecimientos, noción que permitía a los antiguos inferir regularidades aplicables a las distintas épocas, y la inexistencia de una historia en singular en razón de la misma repetición de los acontecimientos². El desarrollo de nuevas perspectivas subyacentes en varias vertientes del pensamiento ilustrado permitió que la historia comenzara a demarcarse frente a la retórica, a la filosofía moral, a la teología y a la jurisprudencia. Como señalara Koselleck, fue sólo a partir de este contexto intelectual que la historia pudo adquirir “un nuevo campo de experiencia. A partir de entonces, pudo dejar despejado también el dominio específico de sus objetos. La formación de la filosofía de la historia es el inicio de este proceso”³. Con base en estos presupuestos intelectuales, la historia comenzó a ser entendida como un colectivo singular que abarcaba las historias particulares y, además, como heredó del pensamiento ilustrado la noción de “progreso”, empezó a interpretar el desarrollo humano, entendiéndolo como una sucesión en la que el presente se articula al pasado. El hecho de recurrir a la historia, entendida como pasado, sirvió para fundamentar así las posturas admitidas por la contemporaneidad que entonces se vivía. Luego de esta coyuntura, en la cual la historia y la filosofía se encontraban fuertemente compenetradas, los historiadores, con el propósito de conformar el respectivo campo disciplinar, y apoyándose en los resultados alcanzados por la filosofía, tuvieron que entrar a redefinir su área de experiencia, en contraposición con el mismo pensamiento ilustrado. A la “especulación filosófica” los historiadores antepusieron un método y una perspectiva específica de aprehensión del pasado. La famosa máxima de Ranke sintetizaba esta nueva aproximación, cuando sostenía: “Se le ha atribuido a la historia la misión de juzgar el pasado, de instruir el mundo para el aprovechamiento de los años futuros: el presente ensayo no pretende tan altas misiones: sólo quiere mostrar cómo ha sido realmente”⁴.

El tercer conjunto de circunstancias guarda relación con el vértigo y el desconcierto que produjeron los inicios de la modernidad. Un breve pasaje del *Manifiesto Comunista*, escrito por Carlos Marx y Federico Engels, que sirvió de inspiración a la admirable obra de Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, nos muestra de modo ejemplar el ímpetu que encerraba la modernidad.

“Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de haber podido osificarse. Todo lo sólido se desvanece en el aire, todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas”⁵.

2 KOSELLECK, Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 41-66.

3 KOSELLECK, Reinhart, *historia/Historia*, Madrid, Ediciones Trotta, 2004, p. 47.

4 Citado en KOSELLECK, Reinhart, *Futuro pasado...*, *op cit.*, p. 57.

5 Citado en BERMAN, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Bogotá, Siglo XXI, 1988, p. 7.

La aceleración del desarrollo histórico trajo consigo un gran desconcierto por la intensificación en la celeridad con que se presentaban los cambios, en los que se conjugaba lo contingente con lo inmutable. También entrañó un fuerte incremento en el número y en la calidad de los acontecimientos. En condiciones en que la explicación tenía que provenir de la misma historia, el voraginoso presente resultaba cada vez más difícil de aprehender, razón por la cual los historiadores optaron por concentrarse en el estudio de un pasado más asimilable; interés que, además, servía para producir conocimiento sobre un pasado que parecía alejarse prestamente. Este distanciamiento con respecto al presente no significaba una renuncia por parte de los historiadores a la condición moderna; era, por el contrario, una reafirmación de este mismo carácter, porque avalaba la idea de la historicidad de las sociedades modernas⁶.

De lo anterior, se infiere el último conjunto de elementos referidos a la disciplina en sí. El más importante era la pretensión por alcanzar un estatus de cientificidad. Puesto que todas las ciencias anhelaban cimentar sus respectivas disciplinas con base en lo que entonces se entendía por racionalidad científica, los historiadores, que para nada eran ajenos a esta encumbrada pretensión, trataron de crear un símil de su profesión de acuerdo con el tipo de conocimiento más desarrollado y preciso: la química. El “taller” del historiador debía, por tanto, reproducir los procedimientos del laboratorio con el fin de elaborar un conocimiento verdadero. El pasado, como materia inerte “real”, y no el presente en proceso de construcción, se prestaba adecuadamente para tan elevados propósitos.

En la mayor parte de las tradiciones historiográficas que fueron apareciendo a lo largo del siglo XX se conservó este mismo propósito, aun cuando se fundamentara con base en otro tipo de valoraciones y preocupaciones. Por regla general, las nuevas corrientes historiográficas reconocieron que en la historia se manifestaban procesos de larga duración. A partir de este tipo de supuestos se optó por privilegiar el análisis de las estructuras durables, las cuales eran valoradas como fenómenos más reales y determinantes en el devenir histórico que los accidentes de la coyuntura y los procesos de larga duración como elementos más decisivos que los movimientos temporales de menor amplitud. El énfasis de estos ejes en la historia obviamente terminó ennobleciendo el pasado en mayor medida que el presente. Además, al erosionar la cadena de acontecimientos por el interés en los procesos de mayor envergadura, estas tendencias en la historia terminaron relegando a un segundo plano las preocupaciones por lo propiamente contemporáneo⁷.

En las últimas décadas del siglo que acaba de finalizar, las cosas empezaron a cambiar. Poco a poco se fue forjando un pensamiento histórico que le asignaba un uso y un sentido distinto a la historia, el cual se apoyaba, además, en otras tradiciones intelectuales. En cuanto al momento histórico en que se impuso este nuevo modo de

6 TOMLINSON, John, *Globalización y cultura*, México, Oxford University Press, 2001, p. 60.

7 Véase CHAUVEAU, Agnès y TÉTART, Philippe (eds.), *Questions à l'histoire des temps présents*, Éditions Complexe, Bruselas, 1992.

pensamiento, Carlos Antonio Aguirre lo sitúa a finales de la década de los sesenta del siglo XX, coyuntura catalizada por los movimientos del 68, los cuales se proponían transformar su propio presente y por lo cual ponían “en el centro de la atención a la experiencia vivida inmediata [...] Es a raíz de esta revolución cultural que el presente va a manifestarse con mucha más fuerza dentro de la historiografía, rompiendo con la rígida división entre pasado y presente”⁸.

En el último tercio del siglo XX, varios elementos confluyeron para que se impusieran unas perspectivas más filosóficas que metódicas, más reflexivas que procedimentales. En primer lugar, de modo progresivo los historiadores comenzaron a abandonar su vieja pretensión de alcanzar y reproducir un conocimiento científico objetivo. Entró a privilegiarse el enfoque del historiador, lo que entrañó que la historia dejara de ser pensada como un conocimiento volcado sobre el pasado, para presuponer que en ella se realiza una estrecha y particular síntesis entre el pasado y presente. De ahí que cada vez comenzara a ganar más adeptos la tesis de Marc Bloch, quien sostenía que “la incompreensión del pasado nace finalmente de la ignorancia del presente”⁹. Segundo, no fueron pocos los historiadores quienes compartieron la idea de que el presente se alzaba como una importante herramienta metodológica en el camino por hacer inteligible el pasado. Como sostenía Lucien Febvre, el polémico compañero de ruta de Marc Bloch: “El análisis del presente puede aportar el mapa y el compás para la investigación histórica”¹⁰, procedimiento que, por cierto, tiempo atrás había empleado este último en sus penetrantes análisis sobre la tenencia de la tierra. Esta doblemente necesaria inmersión en la comprensión del presente abrió las puertas para que este registro temporal comenzara a ser un campo de preocupación por parte de los historiadores.

Como vemos, las transformaciones que en su momento había experimentado el mundo durante el siglo XIX, y particularmente la Europa Occidental, habían demandado y guiado un tipo de saber que se focalizara en el estudio del pasado. En las nuevas coordenadas de nuestro presente, cuando han variado las condiciones y los elementos que hacen posible la modernidad, se requiere, sin duda, un conocimiento histórico diferente. El tipo de sociedad que nos ha correspondido vivir, distinto en sus trazos fundamentales a las formas sociales de organización propias del siglo XIX y de buena parte del XX, tiende a redimensionar la condición presente y proyecta, de ese modo, una subjetividad distinta en relación con la percepción que se tiene del tiempo.

Con base en estos elementos, en este trabajo tenemos como propósito controvertir la implícita asociación que tradicionalmente se ha establecido entre la historia y el pasado. Sin pretender contradecir la relación que esta disciplina ha mantenido y seguramente conservará con el estudio de los sucesos pretéritos, somos de la opinión

8 AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio, *Para comprender el siglo XXI*, Madrid, El Viejo Topo, 2005, pp. 112-113.

9 BLOCH, Marc, *La extraña derrota*, Barcelona, Crítica, 2003.

10 Citado en DOSSE François, *L'Histoire en miette*, París, L'Harmattan, 1989, p. 104.

de que la historia más que con el pasado tiene que ver con el estudio de “lo social” y de las sociedades humanas en el tiempo y en sus variadas duraciones. Cuando afirmamos que la historia ante todo se refiere a la dimensión *tiempo*, con ello queremos señalar que, en la actualidad, esta disciplina se debe ocupar del estudio de lo social en todos los intervalos temporales que engloba el concepto de tiempo, así como en las cambiantes compenetraciones que se presentan entre sus distintos componentes. De este enunciado se puede derivar una conclusión preliminar que permite situar una forma de hacer historia, la cual hemos definido como la historia del tiempo presente dentro de los contornos de la disciplina: ésta no es una propuesta analítica y metodológica distinta a la historia; es una perspectiva constitutiva de la misma historia. Este ensanchamiento de la condición temporal es también un elemento que explica la importancia en aumento que se le asigna a la historia en el estudio del presente: mientras predominaba el espacio sobre el tiempo, las civilizaciones y/o sociedades podían pensarse como unidades autónomas, pero cuando el tiempo se ha sobrepuesto al espacio, como ocurre en nuestro presente, se abre por vez primera la posibilidad de delinear una historia del mundo, porque los encadenamientos sincrónicos y diacrónicos tornan más complejo el recorrido de las distintas trayectorias históricas.

2. El presente en la historia

Para comprender la tesis que acabamos de proponer es menester hacer como primera medida un par de precisiones. De una parte, no está demás recordar que la historia es un concepto que se desdobra en dos significados diferentes: alude a un proceso, a una sucesión de hechos, y a la narración sobre esos mismos eventos, y, al mismo tiempo, a un campo del conocimiento; la historia comprende tanto los acontecimientos pasados como el estudio sobre las actividades realizadas por los individuos y los colectivos humanos. No son pocos los historiadores para quienes esta doble acepción que encierra el término ha sido una permanente fuente de confusiones. Pierre Vilar, por ejemplo, ha sostenido que “quizás el peligro más grave en la utilización del término historia, sea el de su doble contenido: historia *designa a la vez el conocimiento de una materia y la materia de este conocimiento*”¹¹. No obstante las dudas que el término depara, esta ambivalencia es, en el fondo, un asunto central en el conocimiento histórico, tal como ya en su clásico texto de 1948 sugiriera el filósofo francés Raymond Aron¹². En la historia, el proceso al que se refiere y el conocimiento que produce son las dos caras de una misma medalla. Ninguna de ellas puede subsistir sin su reverso, ambas se encuentran en permanente retroalimentación.

Podríamos preguntarnos: ¿A qué obedece esta indisoluble concatenación entre proceso y conocimiento en la historia? Es oportuno recordar que no existe y no puede existir una realidad histórica, real y tangible, por fuera del respectivo campo del conocimiento,

11 VILAR, Pierre, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, Crítica, 1999, p. 17. La cursiva es mía.

12 ARON, Raymond, *Introduction à la philosophie de l'histoire. Essai sur les limites de l'objectivité historique*, París, Gallimard, 1981.

es decir, de la historia¹³. Como es bien sabido, la operación histórica, es decir, el conjunto de procedimientos que se utilizan en la reconstitución del pasado se realiza no a partir de una “realidad” realmente existente, sino de indicios, huellas, vestigios que se asocian con el fenómeno estudiado. Estos elementos constituyen la “materialidad objetiva” con la cual trabaja el historiador y comprenden el fundamento de la escritura histórica, en la medida en que son los soportes sobre los cuales se sostiene y en los que se valida la correspondiente argumentación, narración y/o descripción.

Esta característica, aun cuando ocupe un lugar central en el complejo proceso de producción del conocimiento histórico, no engloba la totalidad de sus propiedades. Existe otra dimensión, generalmente soslayada o minusvalorada, a la cual le corresponde un papel en ningún caso menos importante: los dos significados que encierra el término: el proceso y el conocimiento, se encuentran en distintos registros espacio-temporales. El primero (el proceso) se inscribe en un intervalo de duración, cuyas fronteras de tiempo, por lo general, -salvo en el caso cuando se acomete un estudio de historia del tiempo presente- no coinciden con el momento de producción del segundo (el conocimiento). En efecto, en la realización de este tipo de conocimiento -la historia- siempre interviene más de una dimensión espaciotemporal. El momento de producción es distinto al del objeto de análisis tanto en términos espaciales como temporales: el presente de lugar de la producción es diferente al “presente-pasado del proceso”, y la situación de lugar desde la cual se enuncia tampoco dispone de una completa coincidencia con la espacialidad del fenómeno estudiado, salvo en el caso de la historia inmediata; en esta última mucho más evidente la convergencia de ambas magnitudes, por cuanto es una práctica más cercana a lo que se conoce como periodismo investigativo.

En lo que respecta a la condición de tiempo, la historia pone en acción un número variable de temporalidades: los permanentes pasados (procesos, situaciones y/o acontecimientos) y las recurrentes actualidades de los variados presentes, en los cuales se va gestando la producción del conocimiento. Sostener, como se hace habitualmente, que la historia se refiere exclusivamente al pasado significa desconocer esta importante dimensión del problema, la cual nos muestra la parte activa que le corresponde a la pluralidad de presentes en la gestación del conocimiento histórico. El entendimiento de esta compleja y siempre cambiante relación fue lo que llevó a Benedetto Croce a sostener que la única y verdadera historia era la historia contemporánea, porque “por lejano que parezcan cronológicamente los hechos que la constituyen, la historia está siempre referida en realidad a la necesidad y a la situación presente, donde repercuten las vibraciones de esos hechos”¹⁴. La tesis crocciana ha sido siempre muy controvertida, debido a que desestima la importancia del pasado, el cual, en ocasiones es propiamente pasado, pero en otras se expresa como un recurrente presente; sin embargo, ha tenido el gran mérito de relativizar la posibilidad de concebir la existencia de un pasado al margen de la historia entendida como conocimiento.

13 MORADIELLOS, Enrique, *Las caras de Clío*, Madrid, Siglo XXI, 2001, pp. 58-60.

14 Citado en LE GOFF, Jacques, *Pensar la historia*, Barcelona, Altaya, 1995, p. 27.

Es evidente que la radical aseveración crocciana debe ser atenuada, razón por la cual compartimos la opinión de que más que en la contemporaneidad, la historia se realiza en el tiempo, en la reciprocidad de los elementos del pasado con el presente; sin embargo, no se debe olvidar reservar también un espacio, aunque sea pequeño, para el futuro, cuya intervención también se produce, aunque a veces de manera menos explícita y consciente. La retroalimentación entre estas dimensiones temporales ha sido permanente, porque la historia en el transcurso de los dos últimos siglos, al igual que las restantes ciencias sociales, se ha convertido en una práctica académica que comporta el sello de un saber reflexivo, tal como en su momento sostuviera Anthony Giddens, para quien la “reflexividad” indica que “las prácticas sociales son examinadas constantemente y reformadas a la luz de nueva información sobre esas mismas prácticas, que de esa manera alteran su carácter constituyente”¹⁵.

Esta “reflexividad” convierte a la historia en un saber adaptable que se ajusta a las nuevas prácticas presentes y pasadas, y los resultados de sus productos también comportan un registro de versatilidad en consonancia con “el reingreso del discurso científico social en los contextos que analiza”¹⁶. Por más que la historia profesionalizante decimonónica haya tenido la aspiración de convertirse en el equivalente “social” de la química, resulta que no sólo no trabaja con sustancias manipulables y explicables científicamente, sino que, al igual que las demás ciencias sociales, se encuentra codificada y regulada “por la interpretación que la sociedad hace de sí misma”¹⁷.

El entendimiento de la historia como un saber reflexivo tiene dos derivaciones importantes para el discernimiento de la naturaleza de la disciplina y para la determinación de algunas de las propiedades consustanciales con relación a la historia del tiempo presente. De una parte, la “reflexividad” puntualiza el lugar central que a la práctica historiográfica le corresponde en el oficio del historiador, debido a que esta praxis valora, “objetiviza” y ecualiza los tipos de conocimiento que se producen dentro de los estándares de la disciplina, precisa los disímiles contextos en los que se produce el conocimiento, evidencia los factores que intervienen en la asimilación de las variadas sensibilidades temáticas, así como también las traslaciones que hacen los historiadores de la “reflexividad” que emprende la misma sociedad. De la otra, al ser una ciencia social reflexiva, la historia no puede aludir expresamente al pasado, como se sostiene de manera habitual, sino que sólo puede realizarse en la medida en que incluye al presente como elemento activo. Como saber reflexivo, la historia es un cambiante punto de intersección entre el pasado y presente. Cuando sostenemos que la historia constituye el estudio de “lo social” en el tiempo, nos estamos refiriendo a esta inevitable realidad.

15 GIDDENS, Anthony, *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza, 1999, p. 46.

16 *Ibid.*

17 BECK, Ulrich, *Libertad o capitalismo. Conversaciones con Johannes Willms*, Barcelona, Paidós, 2002, p. 7.

De este doble registro se puede inferir que si descomponemos analíticamente a la historia, ésta se realiza a partir de la concurrencia de tres tipos de elementos: más que un tiempo en abstracto y perenne, en ella interviene un activo tiempo histórico (social), el cual se desglosa en múltiples temporalidades, de cuya confluencia surge la organización de las correspondientes narrativas; el espacio, con sus variadas espacialidades, “lugares” en los que se desenvuelven las relaciones sociales, tanto pasadas como presentes, directas como “fantasmagóricas” y, por último, las disímiles escalas de observación, que son las que permiten aprehender un mismo problema desde distintos ángulos.

Al llegar a este punto, podemos intentar ofrecer una visión de conjunto sobre la historia: puede entenderse no sólo como un tipo de saber que organiza el estudio de lo social en torno al tiempo, sino más bien como una matriz de naturaleza tridimensional compuesta por las dimensiones concurrentes del tiempo histórico, de los espacios sociales y de las escalas de observación. La historia, por tanto, no alude a un campo específico de lo social ni a una condición temporal única, sino que es una imbricación polivalente de lo social en el espacio-tiempo.

3. Historia del tiempo presente y la modernidad mundo

Con base en estos presupuestos y con estas inquietudes intelectuales nació en el último tercio del siglo una nueva propuesta historiográfica: la *historia del tiempo presente*¹⁸. Convenimos con Reinhart Koselleck cuando sostiene que la historia del tiempo presente es “una bella expresión, pero un difícil concepto”¹⁹; bella, porque evoca una descripción metafórica, pero difícil, porque la historia del tiempo presente no se puede comprender al margen de las grandes transformaciones que ha experimentado el mundo en el transcurso de las últimas décadas, a lo que se le suman las complicaciones que en nuestro presente suscita la resemantización de la categoría historia.

En aras de la claridad conviene, ante todo, acometer un conjunto de precisiones. Por historia del tiempo presente debe entenderse algo diferente a otros conceptos que se le asemejan. No es equivalente a historia inmediata²⁰. Esta última ha sido ampliamente utilizada para descifrar el meollo de acontecimientos o situaciones muy actuales. La historia inmediata se puede equipar a un periodismo investigativo, por su gran capacidad para reconstruir, con un arte posiblemente elogioso, el entramado de los magnos hechos. Tampoco es un nuevo sinónimo para designar la legendaria historia contemporánea. El principal elemento que distingue este tipo de historia, o sea, la contemporánea, es el hecho de aludir a la fase más reciente de un plurisecular desarrollo histórico. Es, por tanto, una noción que designa un período histórico reciente que se inscribe en la secuencia pasado-presente y, en ese sentido, su dimensión temporal

18 NOIRIEL, Gérard, *Qu'est-ce que l'histoire contemporaine?*, París, Hachette, 1998.

19 KOSSELECK, Reinhart, *Los estratos del tiempo. Estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós, 2001, p. 115.

20 LACOUTURE, Jean, “L'histoire immédiate”, en LE GOFF, Jacques (dir.), *La nouvelle histoire*, Bruselas, Éditions Complexe, 1988.

sigue inmersa dentro de una perspectiva secuencial de un progreso, que proviene de un pasado más o menos lejano y se aproxima a nuestra realidad más inmediata; sin embargo, no presupone una forma nueva de asumir la interpretación de la historia ni evidencia las propiedades que son propias de la conciencia histórica presente.

También es distinta a las nuevas aproximaciones que se han desarrollado sobre la historia del presente, la cual, por lo general, ha sido entendida como una proyección actualizada de la historia contemporánea. Existen, empero, algunas variaciones en el sentido que algunos analistas le asignan a este tipo de historia. Ciertos autores, como, por ejemplo, Pierre Chaunu, han sostenido que la historia del presente es aquella cuyas fronteras cronológicas abarcan más o menos los últimos 50 años²¹; otros, han acortado aún más sus fronteras temporales, y la vinculan con el lapso de una vida humana²². De modo más reciente el historiador británico Timothy Garton Ash ha reconocido que la historia del presente está constituida por términos contradictorios, porque, por definición, la historia trata del pasado. Sin embargo, se arriesga a emplear este término, puesto que “ha aumentado lo que es posible saber poco después de los hechos y ha disminuido lo que se puede saber mucho después”. Para él, la historia del presente es un punto de encuentro entre periodismo, historia y literatura²³.

Para nosotros, la noción historia del tiempo presente designa algo distinto. Sus particularidades se visualizan en varios planos. El primer de ellos se refiere al contenido mismo que comporta la noción presente. Por lo general, el presente se entiende como una “fina línea, de apenas un milisegundo de longitud entre el pasado y el futuro”, como un pasado muy reciente o como los acontecimientos actuales²⁴, o como “aquel punto de intersección en el que el futuro se convierte en pasado”²⁵. Aunque estas aproximaciones no sean del todo valederas, ya que en sentido estricto todo tiempo es presente, como sostenía Croce, porque el pasado ya no existe y el futuro es una simple posibilidad, éstas pueden llegar a ser definiciones válidas cuando se entiende el presente de manera restringida, pero no lo son cuando se habla del *tiempo* presente. Este último concepto se distingue del anterior, puesto que el presente va indisolublemente asociado con la noción tiempo. Ello significa que es un presente que comporta una dilatada densidad temporal, se refiere a la historia del presente histórico, distinto a la inmediatez, a “esa fina línea”, y más cercano a la noción francesa de *conjecture*, es decir, se interesa por una extensión de tiempo.

Otra particularidad, un poco más compleja que la anterior, apunta al *régimen de historicidad* predominante, o lo que es lo mismo, la historia del tiempo presente compendia la manera como las generaciones de nuestro presente asumen la modernidad. Este

21 CHAUNU, Pierre, *El rechazo de la vida. Análisis histórico del presente*, Madrid, Espasa-Calpe, 1978, p. 34.

22 SAUVAGE, Pierre, “Una historia del tiempo presente”, en *Historia Crítica*, No. 17, Bogotá, Departamento de Historia, Universidad de los Andes, julio-diciembre de 1998, pp. 59-70.

23 GARTON ASH, Timothy, *Historia del presente*, Barcelona, Tusquets, 1999, pp. 14 y 16.

24 *Ibid.*, p. 12.

25 KOSELLECK, Reinhart, *Los estratos del tiempo...*, *op cit.*, p. 116.

régimen de historicidad define los contornos y nos brinda una segunda entrada de la historia del tiempo presente: ser un contexto inédito, por cierto, en la historia. ¿A qué nos referimos con esto? El actual régimen de historicidad representa aquella coyuntura histórica que equivale a nuestro presente histórico, cuyo debut puede situarse a finales de la década de los sesenta del siglo XX y cuyo desenlace todavía no se registra. Ahora bien, la historia del tiempo presente no es un término equivalente a contemporaneidad; designa, ante todo, aquel intervalo temporal en el cual se ha ido gestando la modernidad mundo, es decir, nuestro actual régimen de historicidad. De tal suerte, la historia del tiempo presente no se asemeja a aquellas viejas narrativas que versaban sobre acontecimientos propios a sus respectivas contemporaneidades. Es exclusiva de nuestro presente, porque sólo en este espacio de tiempo se ha asistido a un cambio tan radical en el curso de la historia, como ha sido el tránsito de una primera modernidad “nacional” a una modernidad que engloba al mundo, la cual se caracteriza, entre otras cosas, por un redimensionamiento del presente.

A más de uno podrá asaltarle la duda de por qué proponemos relacionar a la historia con la modernidad. En aras de la síntesis, podemos decir que los vínculos no sólo son estrechos, más importante aún es el hecho de que las grandes transformaciones actuales externamente también animan a repensar sobre el significado del concepto de historia, sobre todo porque acreditan un fuerte redimensionamiento del presente como preocupación histórica. En rigor, la historia del tiempo presente guarda una íntima relación con un nuevo estadio al que ha ingresado la modernidad. De tal suerte, si no comprendemos el sentido que ha asumido la condición moderna en nuestro presente, difícilmente entenderemos que es lo nuevo que redefine a la historia.

A ello se suma otro conjunto de factores. Tal como tuvimos ocasión de comentar en páginas anteriores, la historia se convirtió en una disciplina profesional acorde con las condiciones en que la Europa Occidental se ingresaba en un ciclo de aceleración de la modernidad, y esta sincronización no fue fruto de la casualidad. Su focalización temática e, incluso, el sentido asignado a la historia quedaron asociados estrechamente a las problemáticas, que provocaba este tipo de desarrollo moderno. La pertinencia de tal interrelación, por último, se justifica porque los factores centrales que definen la modernidad son los mismos elementos que hemos identificado como propios de la historia.

Para comprender la calidad de las transformaciones del mundo actual se puede comenzar con una de las tesis centrales que ha desarrollado el sociólogo alemán Ulrich Beck, quien ha venido sosteniendo de manera insistente que en nuestro presente el mundo no se encuentra ante el fin de la modernidad. En realidad, la calidad y la profundidad de los cambios contemporáneos no designan otra cosa que la evidencia del ingreso a una segunda modernidad²⁶. El sociólogo alemán comparte con Anthony Giddens la tesis de la radicalización de la modernidad, en tanto que los elementos característicos de nuestra contemporaneidad son el advenimiento de una modalidad nueva de

26 BECK, Ulrich, *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo respuestas a la globalización*, Barcelona, Paidós, 1998.

capitalismo, la implementación de novedosas formas de organización del trabajo (flexibilidad), el aumento de la subjetivación y de la individualización, el advenimiento de un orden de tipo global, etc. Todo lo cual ha entrañado que las sociedades actuales tiendan a organizarse y a representarse de una manera diferente a los esquemas que fueron propios de la modernidad clásica. Si la actual es una modernidad “radicalizada” o “tardía”, ciertos parámetros de la actual cambian con respecto a la anterior; empero, esta segunda modernidad, esta modernidad global²⁷ o, como preferimos denominarla siguiendo a Renato Ortiz²⁸, esta modernidad mundo, incluye muchos elementos de la precedente. De ahí que para entender sus propiedades sea menester hacer un somero balance sobre cómo se ha entendido la modernidad, proceder que sugiere importantes pistas para comprender la complejidad que encierra nuestro presente histórico.

En los albores del siglo XIX, importantes pensadores insistieron en la estrecha relación que existía entre la modernidad y el tiempo. Una primera forma en que fue pensada esta interrelación se expresó en torno a la noción de era. En general, es bastante usual encontrar en la literatura el término de “época” o de “era moderna” para designar aquel período histórico característico de la modernidad, distinto en sus trazos fundamentales de cualquier momento anterior, los cuales quedan por simple contraposición asociados con la idea de lo premoderno.

Esta primera forma de identificación de la modernidad con el tiempo tiene la gran virtud de precisar un contexto histórico, que sería propio de la modernidad. Sin embargo, es todavía una concepción demasiado preliminar que comporta numerosos problemas de naturaleza conceptual. El primero se refiere a la manera como se entiende la misma periodización. Periodizar consiste en inscribir las distintas fases y temporalidades, así como el cúmulo de acontecimientos que engloba, dentro de una cierta duración, la cual les confiere a todos esos eventos un sentido más o menos preciso. Sin embargo, las épocas no son contenedores de tiempo, son intervalos temporales con dilatadas fronteras cronológicas, razón por lo cual no pueden ser consideradas como opuestas a todo lo que la precede o sucede. Las eras o los períodos se traslapan en sus bordes, dando lugar a intervalos más o menos largos de transición. No se debe tampoco olvidar que en la historia no sólo opera el cambio, la novedad, la transformación; se reconoce cada vez más que las permanencias también son dinámicas estructurantes y, por tanto, no pueden existir radicales discontinuidades entre cambio y permanencia. Sostener la existencia de un período moderno, en consecuencia, es acometer una mirada sesgada, ya que tiende a destacar aquello que se inscribe dentro de sus parámetros (el cambio, la novedad) y a omitir todo aquello que no puede explicar (la permanencia, el no cambio).

Definir la modernidad como período histórico encierra, además, otros problemas puntuales: al darle significación a todo aquello que engloba, entonces, se supone que

27 TOMLINSON, John, *op cit.*

28 ORTIZ, Renato, *Mundialización: saberes y creencias*, Barcelona, Gedisa, 2005.

lo que acontece dentro del respectivo intervalo temporal tiende a ser declarado como moderno. Pero también es una definición débil, porque no precisa la existencia de ningún elemento que pueda ofrecer una explicación sobre el contenido mismo que encierran la modernidad y el período moderno.

Tercero, cuando se concibe la modernidad como un período histórico particular se toma en consideración, de manera implícita o explícita, una determinada experiencia histórica (por regla general, la europea). Esta experiencia no sólo sería de por sí equiparable a lo genuinamente moderno, sino que se elimina cualquier posibilidad de pensar en desarrollos “modernos” distintos y se corre el inevitable riesgo, presente sobre todo en las teorías de la modernización y en las grandes narrativas de las historias universales, de sopesar y evaluar las restantes experiencias históricas en términos de acercamiento y/o distanciamiento con respecto a la experimentación primaria que sería, desde luego el “orden natural de las cosas”. En este mismo orden de ideas, una concepción tal de la modernidad se singulariza por su carácter prescriptivo, dado que contiene un tipo de planteamientos de lo que las demás experiencias deben indefectiblemente realizar, para convertirse en modernos: seguir el camino trazado por los países que de por sí son modernos.

Otro grupo de autores ha sugerido otra forma de interrelacionar el tiempo con modernidad. El sociólogo sueco Göran Therborn ha definido culturalmente la modernidad “como la mentalidad predominante de un época abocada al futuro”, distinta a la premodernidad que “mira hacia atrás por encima del hombro” y a la posmodernidad que “ha perdido o desechado cualquier sentido de dirección del tiempo”²⁹. A diferencia de la anterior, esta concepción de la modernidad contiene un mayor valor heurístico, en tanto que no se asocia con ningún momento histórico específico y mantiene abierta la posibilidad para que también en otras latitudes puedan desarrollarse formas de modernidad, siempre y cuando se comparta esta propensión por “colonizar” el futuro. No obstante esta mayor riqueza propositiva, sobre todo porque deja abierta las puertas para que muchas de estas rutas se entremezclen y generen nuevas síntesis, esta tesis, al igual que la anterior, sugiere una orientación de la modernidad; sin embargo pero tampoco logra definir los componentes que serían constitutivos de la modernidad.

Compartiendo el espíritu general de esta línea argumentativa, pero guardando al mismo tiempo la debida distancia con ella, el historiador alemán Reinhart Koselleck desarrolló otra sugestiva concepción sobre la modernidad en torno a dos categorías históricas y antropológicas: el *espacio de experiencia* y el *horizonte de expectativa*. Vistas por separados y en su contenido inmediato, recuerdan más a la segunda de estas disciplinas que a la primera. Con todo, cuando se les entrelaza y se les concibe dentro de su imprescindible convergencia, el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa, tematizan el tiempo histórico, puesto que ponen dialécticamente en juego el pasado con el futuro a través de una permanente intermediación del presente.

29 THERBORN, Göran, *Europa hacia el siglo XXI*, México, Siglo XXI, 1999, p. 8.

Para el estudioso alemán, el espacio de experiencia se deriva del pasado y es un asunto ante todo de naturaleza espacial, en la medida en que conforma una totalidad en la que se sobrepone enrevesadamente muchos estratos anteriores de tiempo. El horizonte de expectativa, por su parte, “es aquella línea tras la cual se abre en el futuro un nuevo espacio de experiencia” y, por ende, es una categoría de tiempo. A partir de estas dos nociones, Koselleck concluye que en la “época moderna va aumentando progresivamente la diferencia entre experiencia y expectativa, o, más exactamente, que sólo se puede concebir la modernidad como un tiempo nuevo desde que las expectativas se han ido alejando cada vez más de las experiencias hechas”³⁰. Para el historiador alemán la ampliación de la brecha entre experiencias y expectativas viene motivada por distintos factores, entre los cuales se encuentran los distintos estratos de tiempo que confluyen en las expectativas, la permanente ampliación de las escalas espaciales, lugares donde se acumulan disímiles experiencias, y la pluralidad de actores, crecientes en condiciones de modernidad, que hace cada vez más difícil no sólo que las experiencias y las expectativas puedan coincidir, sino que tiendan a distanciarse cada vez más.

Una inferencia importante que se puede hacer de esta concepción de la modernidad es la relativa al *sentido* que registra la historia. Como el tiempo histórico constituye en su esencia misma un amplio espacio de experiencia, que amalgama distintas capas de experiencias, las cuales en su momento fueron presentes, y de expectativas, que se conjugan en un futuro presente, porque se conciben como una proyección de las eventuales o deseadas experiencias, la historia siempre presupone la producción de un conocimiento renovado. El conocimiento histórico puede ser indeterminado y relativo con respecto a la historia irreversible, en lo que atañe a los procesos “reales”, pero no lo es en cuanto al sentido de la historia, porque el historiador es en sí mismo un sujeto presente **en y de** la historia, que no se sitúa por fuera, sino que es parte constitutiva del mismo devenir del desarrollo, es decir, se ubica dentro de los concurrentes y sincrónicos horizontes de expectativas. De ello se infiere que el sentido de la historia no pueda gozar de unicidad, pues su significado se modula a partir de las cambiantes concurrencias de experiencias y expectativas.

La perenne construcción de un sentido de la historia a partir de la puesta en escena de la multiplicidad de los espacios de experiencias con los horizontes de expectativas determina el significado siempre cambiante de la modernidad, el cual, si nos ubicáramos en su época “clásica”, veríamos que se realizaba a partir del esquema general del progreso. Sin embargo, a medida en que la brecha entre espacios y experiencias se ha incrementado espacialmente, mediante la concurrencia de un número mayor de disímiles experiencias, y se ha arraigado temporalmente a través de la interferencia de una pluralidad de expectativas, entonces, el sentido de la modernidad termina dando un vuelco y ya no puede realizarse en torno a un gran elemento (v. gr. el progreso), sino que su fuerza solamente se puede aprehender a partir de la confluencia de las

30 KOSELLECK, Reinhart, *Futuros pasados...*, *op. cit.*, pp. 339, 342-343.

experiencias diacrónicas con los horizontes sincrónicos. Desde este ángulo es posible avalar la idea de que en nuestro presente la modernidad ha comenzado a ser otra; se ha ingresado a una modernidad mundo o a una segunda modernidad.

Un detalle, en ningún caso menos importante, que se puede inferir de esta concepción es la relativa a la reescritura de la historia, la cual remite a los variados y sucesivos cambios de experiencia, permite la conservación de dichas transformaciones para que no caigan en el olvido y, de esa manera, refrenda cierta preservación de los sentidos asignados a la historia. De ello se desprende que el sentido que en un momento se le otorgue a la historia no responde en exclusividad a la contingencia presente, sino que también involucra un pasado que se transmuta en presente.

En síntesis, a partir de esta somera relectura que hemos realizado de la concepción kosellekiana sobre la modernidad y de las derivaciones que de ella hemos extraído, llegamos a un punto en el que podemos proponer una mayor precisión en lo que respecta al contenido y a la orientación de la modernidad: tanto la una como la otra no se pueden definir en términos institucionales, porque cuando se opta por una explicación con base en este tipo de ambientes, generalmente se termina universalizando el alcance de una experiencia histórica concreta³¹. Una explicación en estos términos también corre el riesgo de ser tautológica, puesto que su fundamentación básica recaba en la existencia de unas instituciones que de por sí serían modernas³². Tampoco se puede asociar exclusivamente con una época histórica ni con la mera “colonización” del futuro. Más bien, el contenido y la orientación de la modernidad se producen a partir de la interrelación entre experiencia y expectativa, es decir, son catalizadas por la misma historia o, de modo más concreto, se originan en el sentido de la historia, a través de la puesta en escena de elementos de pasado, de presente y de futuro.

La modernidad, por tanto, es un proceso que se realiza en el tiempo histórico a partir de las variadas maneras de relacionarse las “experiencias” con las “expectativas”. En rigor, no hay un elemento único que le otorgue uniformidad a la modernidad, no existe un “ladrillo”, es decir, un fundamento que la sustente; más bien la modernidad se construye en nuestro presente a través de la coexistencia de una infinidad de temporalidades relativas, o como gustaba decir a Koselleck, como una “contemporaneidad de lo no contemporáneo” (*Gleichzeitigkeit der Unergleichzeitigkeit*). Es por ello que la historia en singular ha derivado con el tiempo en una dinámica menos europea y más contemporánea. Al dilatarse los horizontes de la historia y al multiplicarse las contemporaneidades se ha roto con la anterior unidad, que se cristalizaba en torno a una sucesión histórica con pretensión universal³³.

31 ROBERTSON, Roland, “Globalización: tiempo-espacio y homogeneidad - heterogeneidad”, en *Zona Abierta*, Nos. 92 y 93, Madrid, 2000.

32 TOMLINSON, John (ed.), *op cit.*, p. 39.

33 GIOVAGNOLI, Agostino, *Storia e globalizzazione*, Bari, Laterza, 2005, p. 13.

La conclusión a la que acabamos de llegar puede tener un cierto sabor posmoderno, pero dista mucho de serlo, ya que no sólo no controvierte los metarrelatos, sino que tampoco comparte la idea de que la realidad se haya fragmentado en múltiples partículas carentes de sentido. Pero lo que sí rescatamos de las nuevas sensibilidades posmodernas, además del ataque a las posturas ilustradas esencialistas y al carácter absoluto de la razón, tal como se ha pretendido desde Occidente, en torno a los cuales se ha pretendido organizar una matriz histórica con pretensión universal, es que ha permitido “emerger al “otro” no sólo como un mero antagonista de identidades racionales bien definidas, sino, además, como el nuevo protagonista de una pluralidad de discursos”³⁴. Este reconocimiento incluyente del otro en tanto que sujeto, y no sólo como un objeto pasivo, el cual en las perspectivas más tradicionales se le consideraba que a lo sumo podía simplemente importar o, en el mejor de los casos, hibridar las instituciones de la modernidad occidental, le dio un sólido fundamento para que se desarrollara la tesis de la existencia no de una, sino de múltiples modernidades³⁵. El mayor conocimiento de las disímiles experiencias históricas en las diferentes latitudes, el descentramiento del mundo en torno a Occidente, el éxito alcanzado por los países del Asia-Pacífico, etc., pusieron a gravitar la idea de que la modernidad occidental es simplemente una experiencia entre otras tantas.

A diferencia de numerosos autores de nuestro hemisferio, que han sostenido que la modernidad, y de suyo la globalización, constituiría el trasvase de la experiencia histórica de Occidente al resto del mundo, consideramos que la cadencia causal es otra y que se puede proponer una tesis bastante diferente: en nuestro presente, con la intensificación de la globalización, se han comenzado a sincronizar múltiples trayectorias divergentes de modernidad, que entran en resonancia. La causalidad, por tanto, es otra: no es la modernidad la que potencia la globalización, sino esta última la que sustenta la actual modernidad.

Un elemento que le otorga unidad a la posibilidad de coexistencia de múltiples modernidades es el hecho de que en el presente, y sólo en nuestra contemporaneidad, en el fragor de este mundo que se globaliza a pasos agigantados, las sociedades no occidentales han comenzado a compartir el mismo horizonte espacial y temporal con Occidente. Esta tesis es muy llamativa por cuanto sugiere una compactación del mundo donde no sólo existen, sino que confluyen distintas experiencias históricas de modernidad. No obstante, su signo aperturista, su apuesta por la inclusión de los otros como constructores del presente, y la posibilidad de enriquecerla con la visión inspirada en Koselleck, el reconocimiento de múltiples modernidades encierra también algunos problemas: no sólo omite señalar los componentes básicos de la modernidad. Más problemático aún es el hecho de que si las experiencias pueden ser,

34 LARRAÍN, Jorge, *¿América Latina moderna? Globalización e identidad*, Santiago, Lom, 2005, p. 141.

35 BECK, Ulrich, *Podery contrapoder en la era global. La nueva economía mundial*, Barcelona, Paidós, 2004; EISENSTADT, Shmuel N., “Multiple Modernities”, en *Daedalus*, Vol. 129, No. 1, Cambridge, American Academy of Arts and Sciences, invierno 2000.

en su actuación diacrónica, evoluciones tan dispares entre sí, entonces, no se puede recabar en la existencia de ningún conjunto de elementos y contenidos que sustenten la noción misma de modernidad, pues, es evidente que lo que para unos quizá sea moderno puede no serlo para otros. Cuando se reconoce una pluralidad de experiencias modernas, el concepto se vuelve tan laxo que es vaciado de todo contenido.

Como una sofisticación de esta línea de argumentación y tratando de corregir los errores de la teoría de las múltiples modernidades, algunos autores, como Jorge Larraín³⁶ han preferido introducir una nueva categoría operativa: la de las “modernidades entramadas”. La pertinencia de esta categoría obedece a que a medida en que se intensifican las tendencias globalizantes y alcanzan un mayor grosor los nuevos circuitos espacio temporales globalizantes, se entrecruza el destino de todas las naciones, situación que conduce a que a mayor intensidad de la globalización, se socaven los propósitos universalistas. Con esta conceptualización se quiere privilegiar los numerosos entrecruzamientos que registran las diferentes experiencias históricas, sus variadas superposiciones, las que en su conjunto van definiendo el sentido que adquiere la modernidad. Demás está decir que en su naturaleza intrínseca unas modernidades entramadas no pueden ser regionales, sino que tienen que realizarse globalmente.

Con estos elementos que hemos ido precisando en torno a la(s) modernidad(es) podemos volver nuevamente a la tesis beckiana sobre el inicio de la segunda modernidad. Como preámbulo para comprender mejor a Beck conviene tratar de responder al siguiente interrogante: ¿por qué con anterioridad se podía presuponer la existencia de modernidades individualizadas en experiencias históricas particulares, y para el presente se conjetura la existencia de una modernidad mundial?

En aras de la brevedad, para tratar de responder a este interrogante podemos valernos de dos conjuntos de tesis: de una parte, con el nacimiento de un tiempo global el espacio queda subsumido en el tiempo, y lo que antes podía imaginarse como un itinerario autónomo, hoy se encuentra en reciprocidad con otros desarrollos. Es por ello que unicidad y diversidad son dos registros de un mismo fenómeno moderno, que se retroalimentan mutuamente y en su accionar dotan de contenido a la modernidad mundo.

Claro está que la unidad y la diversidad se ubican en registros espaciotemporales distintos. Hace algún tiempo³⁷, sosteníamos, siguiendo a Marcello Veneziani, que la trayectoria de modernidad de Occidente había dejado de ser una categoría espacial para transformarse en una categoría temporal, lo que implicaba un presente que se transforma con rapidez y, en la medida en que expulsa el pasado, entra a modelar el futuro. El itinerario de la modernidad de Occidente se ha propagado por todo

36 LARRAÍN, Jorge, *op. cit.*, pp. 20-26.

37 FAZIO VENGOA, Hugo, “Globalización y relaciones internacionales en el entramado de un naciente tiempo global”, en *Análisis Político*, No. 53, Bogotá, IEPRI, enero-abril 2006, pp. 51-71.

el mundo, pero ninguna de sus instituciones ni prácticas contiene en sí misma la esencia occidental; ha sido una modernidad que se ha erigido bajo la fórmula de un “localismo globalizado”, que desencionaliza sus instituciones, con lo cual adquiere ribetes de universalidad. Cuando estas prácticas se realizan en el contexto de otras experiencias históricas, se modifican algunos de los atributos, con lo cual adquieren su propio sello. Pero, en ocasiones, también estos referentes occidentales han servido como un acelerador, que ha contribuido a descontextualizar los itinerarios históricos particulares.

El otro conjunto de tesis guarda relación con la globalización. Históricamente, la modernidad en su versión occidental se ha realizado a partir de un conjunto de transformaciones, entre las cuales se destacan la racionalización, la industrialización, la urbanización, la burocratización, la individualización, la secularización, la alfabetización, etc., procesos que, si bien tienen expresiones temporales específicas, comparten el hecho de ser procesos de larga duración, se llevan a cabo con diferentes ritmos en los distintos continentes y desencadenan poderosas fuerzas de cambios. Todos estos macroprocesos se realizan dentro de determinadas espacialidades nacionales y/o regionales, pero sin que tenga que existir necesariamente una concordancia entre ellos. La importancia de la globalización radica precisamente en ser un macroproceso que ha alcanzado una gran significación histórica, porque enlaza, encadena, retroalimenta y revoluciona todas las transformaciones antes citadas³⁸, con lo cual subyace todo lo que antes laxamente se entendía como internacional, y le da un contenido específico a la unicidad de la diversidad actual.

Estos dos conjuntos de tesis nos muestran que la modernidad actual tiene diferencias sustanciales con sus expresiones anteriores. Si la anterior era nacional, territorial y se organizaba en torno al Estado-nación, ésta contiene los elementos anteriores, pero los reintegra y reinterpreta en su transnacionalidad.

¿Qué ha hecho posible el advenimiento de esta modernidad mundo? Para responder a este interrogante se debe tener en cuenta un conjunto de transformaciones que han sacudido al mundo actual. Primero, el momento de inflexión que ha dado origen a nuestra contemporaneidad se remonta a finales de la década de los sesenta, particular coyuntura durante la cual se presentó una silenciosa pero profunda revolución social, que desde entonces ha venido transformando en su raíz misma todo el edificio social. En su momento, Fernand Braudel comparó los sucesos del 68 con las revoluciones culturales del Renacimiento y de la Reforma europeas, puesto que, al igual que éstas, sacudieron el edificio social³⁹. Fue una poderosa revolución sociocultural con múltiples manifestaciones, que puede entenderse “como el triunfo del individuo

38 OSTERHAMMEL, Jürgen y PETERSSON, Niels P., *Storia Della globalizzazione. Dimensioni, processi, epoche*, Bologna, Il Mulino, 2005.

39 BRAUDEL, Fernand, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme XV-XVIII siècle*, 3 Vols., Vol. 3, París, Armand Collin, 1979, p. 790.

sobre la sociedad o, mejor, como la ruptura, de los hilos que hasta entonces habían imbricado a los individuos en el tejido social”⁴⁰.

Este ciclo de profundas transformaciones se inició a finales de los sesentas del siglo pasado y sus principales tendencias aún no han decantado. La calidad de estas transformaciones nos permite sostener que con ellas debutó un presente histórico mundial, el cual se inició en las postrimerías de los sesentas y se proyecta hasta nuestro presente. De aquí podemos explicitar una de las principales propiedades que encierra la historia del tiempo presente, a saber: el presente histórico: en la medida en que por casi 40 años nos encontramos transitando por esta prolongada fase de transformaciones, las cuales a la fecha no han decantado; la historia del tiempo presente alude a esta dilatada “presentización” de nuestra contemporaneidad. El hecho de que estas tendencias todavía conserven su vitalidad nos lleva a visualizar otra característica de esta historia: es una historia que puede incidir en el curso del mismo desarrollo histórico.

De aquí podemos derivar otra característica de esta modernidad mundo y, de suyo, de la historia del tiempo presente. Situados en la coyuntura que nos ha correspondido vivir, el tiempo se subjetiviza de una manera distinta. Pareciera que la singularidad del presente es que rompe con el pasado sin traer consigo ninguna idea de futuro. El presente se asemeja a una sociedad de urgencia. “La fortaleza de la urgencia en nuestra sociedad refleja esta sobrecarga del presente ante el cual expresamos nuestras expectativas y que nos conduce a exigir del presente lo que antes se esperaba del futuro. [...] De aquí se desprende el sentimiento de vivir una temporalidad única”⁴¹. Este sentimiento de vivir la urgencia o la inmersión en la exclusividad del tiempo presente se explica porque hasta hace no mucho nos enfrentábamos a un tipo de modernidad, que se estructuraba en torno al tiempo de la política; esto implicaba constantes referencias al pasado para el manejo del presente, y mantenía el objetivo de proyección hacia el futuro. Con los cambios económicos, tecnológicos y “comunicacionales” de las últimas décadas se ha comenzado a producir una gran transformación cultural que ha desplazado el tiempo de la política como vector estructurador por el tiempo del mercado, el cual a partir de la velocidad del consumo, de la producción, de los intercambios y de los beneficios tiende a desvincular el presente del pasado, transforma todo en ahora e involucra los anhelos futuros en la inmediatez.

La sobrecarga del presente se refiere también a otra constante del mundo actual: en nuestro presente histórico la diacronía y la sincronía se sintetizan de manera barroca. Si antes la distancia espaciotemporal explicaba la existencia de trayectorias históricas independientes (preeminencia de la diacronía), al reducirse estos intervalos surgen patrones globales que develan la intimidad de las sociedades e impone determinados tipos de reajustes (preponderancia de la sincronía). La particularidad del mundo

40 HOBBSAWM, Eric, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1997, p. 336.

41 LAÏDI, Zaki, *Malaise dans la mondialisation*, París, Editions Textuel, 1998, pp. 18-20.

actual consiste precisamente en la acentuación de ambas expresiones, lo que produce inéditas trayectorias, resonancias y síntesis.

A manera de conclusión

Todos estos elementos que hemos presentado sumariamente nos permiten concluir que también ha cambiado el sentido mismo que se le asigna a la historia. En la primera modernidad prevaleció la idea de que el progreso le asignaba un sentido a la historia y, de suyo, a la misma modernidad. La “colonización” del futuro permitía enlazar con el pasado, y el presente y entender la “direccionalidad” del progreso. En condiciones de la segunda modernidad, cuando el presente se dilata, cuando las turbulencias se convierten en regularidades, cuando la sincronía tiende a prevalecer sobre la diacronía, el sentido de la historia tiene que ser otro, porque cambia la manera como se correlacionan los espacios de experiencias con los horizontes de expectativas.

Los elementos que fundamentan el sentido de la historia en estas nuevas coordenadas se originan en un futuro presente (“el horizonte” koselleckiano), y se expresa de modo palmario en la nueva calidad, así como en la centralidad que ocupan los riesgos. Como señalan Beck y Giddens, el riesgo es un concepto moderno, porque cuando la gente se encontraba expuesta a las catástrofes naturales o a la intervención de los dioses, el riesgo no podía existir. “El concepto de riesgo expresa el intento de una civilización por hacer previsible las consecuencias imprevisibles de decisiones propias, por controlar lo incontrolado, por someter las consecuencias a acciones preventivas consabidas y a las correspondientes disposiciones institucionales”⁴².

Los riesgos en el presente se han deslocalizado y, en ese sentido, también se han globalizado. Las actividades para contrarrestarlos no pueden inscribirse dentro de diseños predestinados, pues quedan sujetos a todo tipo de contingencias. Los riesgos, al igual que las crisis, son de distinta naturaleza: medioambientales, económicos, sociales, financieros, de seguridad, etc. Como han demostrado los innumerables hechos de violencia en los inicios del siglo XXI, estos riesgos no son posibles de confinar dentro de determinados límites. Esta nueva gama de amenazas trae consigo profundas transformaciones, porque acentúan el desvanecimiento de las fronteras debido a la imposibilidad de contener los riesgos. De esa manera, la idea de la sociedad como un sistema autónomo y organizado pierde parte de su sentido.

Esto nos lleva a concluir que la construcción de un sentido contemporáneo de la historia ya no puede pensarse a partir de la linealidad pasado-presente-futuro, como fue propio de la primera modernidad; en la actual, el riesgo (un futuro-presente) actúa como un elemento que ayuda a prescribir el sentido del presente y del presente-pasado. El horizonte de expectativa se erige en un determinante de significación de los espacios de experiencia. Este último punto que acabamos de esbozar constituye un último

42 BECK, Ulrich, *Libertad o capitalismo...*, *op. cit.*, p. 111.

elemento central en el entendimiento de la historia del tiempo presente, porque precisa la necesidad de romper con la secuencialidad temporal a la que estábamos habituados. El futuro presente (el riesgo) ha hecho su ingreso en la historia, no sólo en calidad de horizonte de expectativa, sino que como una cualidad misma del presente. Si a ello sumamos, además, la dilatada “presentización” que registra nuestra contemporaneidad, tenemos que el presente no puede interpretarse como un “delgado hilo”, sino que como una temporalidad extendida (un presente futuro pasado).

La historia del tiempo presente, por tanto, comporta una secuencialidad que arranca del futuro-presente en dirección al pasado, pasando por el presente, porque la integración del mundo en proceso de globalización sintetiza elementos que vienen de atrás (diacronías) con otros, que entrecruzan las trayectorias particulares (sincronías) y aquéllos que, por último, se desprenden de un incierto futuro de riesgo. La historia del tiempo presente es, por tanto, una historia que se concibe en un orden distinto a la cronología.

Con base en estos elementos, podemos ahora intentar precisar el significado que reviste para nosotros la historia del tiempo presente. Es el estudio del presente en su duración, entendido éste como un presente histórico, que amalgama la sincronía con la diacronía dentro de los confines de la modernidad mundo y es, por último, una historia cuyo sentido se realiza mediante la cambiante combinación de horizontes de expectativas y espacios de experiencias. Este enfoque histórico es, a nuestro modo de ver, una perspectiva muy apropiada para hacer inteligible la realidad contemporánea por cuatro razones fundamentales. De una parte, porque esta mirada constituye un esfuerzo por emprender una historia total, perspectiva con la cual se procura aprehender siempre el conjunto de la totalidad de lo social. Esta perspectiva ha resultado ser muy fructífera, puesto que los problemas globalizantes de nuestro presente sólo pueden asirse en su misma globalidad, lo cual sugiere un enfoque “interméstico” entre las diferentes disciplinas, lugares y ámbitos sociales.

De la otra, porque toda la literatura especializada abocada a interpretar las principales coordenadas del mundo actual ha demostrado que las grandes transformaciones han tenido lugar sobre todo a nivel de las dos categorías fundamentales de la experiencia humana: el espacio y el tiempo. Por curioso que pueda parecer, hasta fecha muy reciente era escasa la preocupación de los científicos sociales por valorar y explicar la importancia de estas dos coordenadas. Este relativo desinterés ha obedecido al peso que el referente newtoniano ha mantenido en las ciencias sociales a lo largo de los dos últimos siglos; así mismo, ha llevado a estas disciplinas a entender el espacio y el tiempo como fenómenos que contribuyen a crear el contexto en el que se desenvuelve la vida social, pero sin incluirlos como participantes en el desarrollo de las dinámicas sociales. Hoy por hoy, gana consenso la idea de que estas categorías, que obviamente no son ni han sido nunca inmutables por encontrarse sujetas a permanentes reacomodos, sólo pueden descifrarse a través del cambio histórico, lo cual realza la importancia de emplear una perspectiva en los términos y enfoques de esta disciplina.

Tercero, y derivado del punto anterior, una mirada histórica que fuerce la puerta del tiempo presente debe contemplar la contemporaneidad de una óptica de larga duración histórica, procedimiento que permite revelar las continuidades y discontinuidades, precisar las particularidades de los distintos momentos, así como también medir la amplitud del cambio histórico que registra nuestro presente.

Por último, la historia del tiempo presente representa una perspectiva de análisis que escapa a la férrea lógica de la causalidad e intenta descifrar el cúmulo de fenómenos que incluye en términos de resonancia, estableciendo, así, enlaces diferenciados entre los distintos elementos. Una perspectiva que procure desvelar las resonancias, en lugar de las causas y los efectos, tiene como elemento positivo el hecho de permitir conjugar de manera distinta el principio de libertad con el de necesidad en el devenir de las sociedades. En rigor, se debe franquear el nexo mecanicista causal que se ha establecido entre ambos en favor de una perspectiva que descifre la dialéctica de la pluralidad de tiempos históricos, que es donde las necesidades y las libertades se amalgaman.

Bibliografía

- AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio, *Para comprender el siglo XXI*, Madrid, El Viejo Topo, 2005.
- ARON, Raymond, *Introduction à la philosophie de l'histoire. Essai sur les limites de l'objectivité historique*, París, Gallimard, 1981.
- BECK, Ulrich, *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo respuestas a la globalización*, Barcelona, Paidós, 1998.
- _____, *Poder y contrapoder en la era global. La nueva economía mundial*, Barcelona, Paidós, 2004.
- _____, *Libertad o capitalismo. Conversaciones con Johannes Willms*, Barcelona, Paidós, 2002.
- BERMAN, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Bogotá, Siglo XXI, 1988.
- BLOCH, Marc, *La extraña derrota*, Barcelona, Crítica, 2003.
- BRAUDEL, Fernand, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme XV-XVIII siècle*, 3 Vols. Vol. 3, París, Armand Collin, 1979.
- CHAUNU, Pierre, *El rechazo de la vida. Análisis histórico del presente*, Madrid, Espasa-Calpe, 1978.
- CHAUVEAU, Agnès y TÉTART Philippe (eds.), *Questions à l'histoire des temps présents*, Éditions Complexes, Bruselas, 1992.
- DOSSE François, *L'Histoire en miette*, París, L'Harmattan, 1989.
- EISENSTADT, Shmuel N., "Multiple Modernities", en *Daedalus*, Vol. 129, No.1, Cambridge, American Academy of Arts and Sciences, invierno 2000.
- FAZIO VENGOA, Hugo, "Globalización y relaciones internacionales en el entramado de un naciente tiempo global", en *Análisis Político*, No. 53, Bogotá, IEPRI, enero-abril 2006, pp. 51-71.
- GARTON ASH, Timothy, *Historia del presente*, Barcelona, Tusquets, 1999.
- GIDDENS, Anthony, *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza, 1999.
- GIOVAGNOLI, Agostino, *Storia e globalizzazione*, Bari, Laterza, 2005.
- HOBBSAWM, Eric, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1997.
- KOSELLECK, Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.

- _____, *Los estratos del tiempo. Estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós, 2001.
- _____, *historia/Historia*, Madrid, Ediciones Trotta, 2004.
- LACOUTURE, Jean, “L’histoire immédiate”, en LE GOLFF Jacques (dir.), *La nouvelle histoire*, Bruselas, Editions Complexes, 1988.
- LAÏDI, Zaki, *Malaise dans la mondialisation*, París, Editions Textuel, 1998.
- LARRAÍN, Jorge, *¿América Latina moderna? Globalización e identidad*, Santiago, Lom, 2005.
- LE GOFF, Jacques, *Pensar la historia*, Barcelona, Altaya, 1995.
- MORADIELLOS, Enrique, *Las caras de Clío*, Madrid, Siglo XXI, 2001.
- NOIRIEL, Gérard, *Qu’est-ce que l’histoire contemporaine?*, París, Hachette, 1998.
- ORTIZ, Renato, *Mundialización: saberes y creencias*, Barcelona, Gedisa, 2005.
- OSTERHAMMEL, Jürgen y PETERSSON, Niels P., *Storia Della globalizzazione. Dimensioni, processi, epoche*, Bologna, Il Mulino, 2005.
- ROBERTSON, Roland, “Globalización: tiempo-espacio y homogeneidad - heterogeneidad”, en *Zona Abierta*, Nos. 92 y 93, Madrid, 2000.
- SAUVAGE, Pierre, “Una historia del tiempo presente” en *Historia Crítica*, No. 17, julio-diciembre de 1998, pp. 59-70.
- THERBORN, Göran, *Europa hacia el siglo XXI*, México, Siglo XXI, 1999.
- THIESSE, Anne-Marie, *La création des identités nationales*, París, Seuil, 1999.
- TOMLINSON, John, *Globalización y cultura*, México, Oxford University Press, 2001.
- VILAR, Pierre, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, Crítica, 1999.